

M. C. Andrews

Sin fin



de

L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Daniel sabe que tiene que enfrentarse a los fantasmas de su pasado antes de la boda, por lo que le pide a Amelia que lo acompañe a Hartford. Durante el viaje por la campiña inglesa, la pareja pone a prueba los límites de su deseo y se entregan el uno al otro de un modo hasta entonces insospechado...

«Sin fin completa la historia de amor y pasión entre Amelia Clark y Daniel Bond. Si de verdad quieres disfrutar de este sensual relato y entregarte a los intensos sentimientos que emanan de sus páginas, mi consejo es que antes leas *Noventa días*, *La cinta* y *Todos los días*. Si empiezas con *Sin fin*, te aseguro que las emociones de sus protagonistas te seducirán y te conquistarán, y que querrás saber qué sucedió al principio y cómo es posible que dos personas lleguen a amarse y a necesitarse tanto. La historia de Amelia y Daniel continúa y permanecerá contigo para siempre».

M. C. Andrews.

L  **LIBROS**

M. C. Andrews

Sin fin

Noventa días - 4

Querido lector,

Sin fin es una parte más de la historia de amor y pasión entre Daniel Bond y Amelia Clark. Si de verdad quieres disfrutarla y perderte en los intensos sentimientos de sus páginas, mi consejo es que leas antes *Noventa días*, *La cinta* y *Todos los días*.

Si empiezas tu viaje con *Sin fin*, te aseguro que las emociones de sus protagonistas te seducirán y conquistarán y que, como en cualquier viaje, querrás saber qué sucedió al principio y cómo es posible que dos personas lleguen a amarse y a necesitarse tanto.

Sea como sea, y empieces por la novela que empieces, puedo asegurarte que la historia de Daniel y Amelia todavía no ha terminado... Y que se quedará contigo para siempre.

M. C. ANDREWS

El corazón me golpea las costillas y cierro los dedos para que Daniel no vea que me tiemblan. Él traga saliva y mantiene la mirada fija al frente. Respira despacio y percibo en mi piel la fuerza que desprende. No es la primera vez que pasamos por esta carretera desde el accidente que casi acaba con su vida, y a los dos nos resulta difícil contener los sentimientos que nos abordan siempre que nos vemos obligados a recordarlo.

Como ahora.

Aflojo los dedos de la mano derecha y busco los de Daniel en el cambio de marchas. Él gira la palma y, por un segundo, los entrelaza con los míos, luego me suelta para colocar ambas manos en el volante. Deja escapar el aliento entre los dientes y los nudillos se le quedan blancos de tanto apretar.

El Jaguar se desliza con suma agilidad y firmeza por el asfalto. No es el mismo coche que conducía Daniel la noche que estuvo a punto de morir —ése quedó destrozado—, pero él insistió en comprarse un modelo prácticamente idéntico. Era su manera de decir que nada de lo que había sucedido esa noche lo había asustado o le había hecho perder el control.

Aunque sin duda Daniel ha cambiado.

Los prados a mi izquierda, a pesar de estar bañados por la increíble luz del atardecer, no consiguen rivalizar con el magnetismo de Daniel, y mis ojos son incapaces de dejar de mirarlo.

Un mechón de pelo negro le cae sobre la frente y se lo aparta con gesto rápido y eficaz. Bajo el cuero cabelludo le ha quedado una cicatriz; no es la peor de todo su cuerpo, pero sí la que más me duele ver. Empieza a salirle barba, aunque se ha afeitado esta mañana... lo he afeitado esta mañana, me corrijo, y se me encoge el estómago al recordarlo. Me muevo en el asiento y aprieto las piernas para contener el deseo.

Nunca podré acostumbrarme a esa sensación. Es demasiado.

Daniel ha salido de la ducha con una toalla enrollada en la cintura y ha venido a buscarme con los utensilios para afeitarse en una mano y un cinturón en la otra. Por un instante lo he mirado confusa, pero entonces he recordado adónde íbamos hoy y he comprendido lo que me estaba pidiendo. Lo que necesitaba. Y se lo he dado.

Nos casamos dentro de una semana y hoy vamos a Hartford. A la casa donde él vivió con su hermana Laura.

Admiro a Daniel y sé que nunca habría podido amar a otro hombre como lo amo a él. Es valiente, fuerte...

—Deja de mirarme así.

Tardo varios segundos en reaccionar. Su voz ronca se me ha metido en las venas y la sangre me circula tan espesa que apenas puedo pensar.

—¿Así cómo?

Él se limita a enarcar una ceja.

Yo, evidentemente, sigo mirándolo, y no puedo evitar sonreír cuando veo que sujeta el volante con más fuerza que antes.

—Amelia —me advierte—, estoy conduciendo.

—Lo sé.

Daniel mueve ligeramente una pierna. No sé si ha sido un gesto inconsciente, pero ha conseguido llamar mi atención y ahora mis ojos no pueden apartarse de la erección que se marca bajo sus vaqueros.

—Deja de mirarme. Por favor.

Levanto lentamente la vista. Lo hago muy despacio, porque quiero que note, aunque no lo toco, que lo estoy acariciando. Los dos nos quedamos sin aliento cuando mi cara queda a la altura de su hombro, y él aguanta la respiración hasta que yo dirijo la atención al paisaje.

—Gracias —dice tras unos segundos.

La palabra y el tono con que la ha dicho me estremecen y asiento levemente. Esta mañana también me ha dado las gracias al terminar.

Él estaba sentado en la cama, desnudo, con las manos atadas en la espalda...

—Deja de pensar en eso.

—¿Cómo sabes en qué estoy pensando? —le pregunto sin mirarlo. Si lo hago, le ordenaré que pare el coche aquí mismo.

—Puedo sentirlo.

Meses atrás, esa respuesta me habría parecido estúpida. Sin embargo, ahora tiene todo el sentido del mundo. Yo también puedo sentir lo que piensa Daniel.

Ahora lo sé y por eso puedo ser todo lo que él necesita.

Tengo que pensar en otra cosa. Cierro los ojos e intento vaciar mi mente.

La respiración de Daniel también recupera la normalidad y su ritmo se acompasa con el mío. El Jaguar gira hacia la derecha y abro los ojos sorprendida.

—Quiero enseñarte una cosa —explica él antes de que yo formule la pregunta.

Lo miro y sé que no ha terminado. Sea lo que sea lo que quiere enseñarme, es importante. Daniel tiene muchos secretos y sé que irá contándonos cuando esté preparado.

Me ha costado mucho llegar a este punto y todavía hay una parte de mí que se muere por preguntarle por su pasado y por todo lo que siente, pero desde que se ha entregado a mí, puedo esperar.

Ahora es mío, su futuro me pertenece y su pasado también.

—Claro, llévame donde quieras —le digo y levanto una mano para

acariciarle la mejilla.

Él respira aliviado y flexiona los dedos.

—En realidad —añade, apretando los dientes—, quiero hacer dos paradas antes de llegar al hotel.

Hemos decidido no quedarnos a dormir en la casa de Jeffrey Bond. Daniel habría sido capaz, él es así de fuerte, pero yo no sé si habría podido resistir la tentación de prender fuego a esas paredes.

—¿Amelia?

El odio que siento por Jeffrey Bond me consume de tal manera que por unos instantes me he olvidado del cambio de planes.

—¿Sí?

—Necesito que me obligues a llegar hasta el final. Pase lo que pase, no permitas que me eche atrás.

Se me acelera el corazón y me resulta imposible dejar de mirarlo y de desearlo. Sé que haré todo lo que haga falta para que este hombre sea feliz.

—Tranquilo, Daniel —le acaricio de nuevo la cara un momento y después deslizo las uñas hasta su nuca y le tiro del pelo—. Haré lo que tenga que hacer, todo lo que necesites.

Él asiente. El torso le sube y baja despacio. Su erección parece incluso dolerle, aprisionada como está en los vaqueros, pero tiene la mirada tranquila. La misma mirada que tiene siempre que se entrega a mí.

—¿Cuánto falta para llegar al primer sitio que quieres enseñarme? —le pregunto, pero está perdido entre el deseo y sus recuerdos y no me contesta.

Tengo que recordarle que no hay nada más importante que él y yo y lo que sucede entre nosotros, así que muevo la otra mano y la coloco encima de su erección. Aprieto y al mismo tiempo le tiro del pelo.

—Contesta.

—Dios —susurra entre dientes—. Ya hemos llegado —dice, al tomar aire—. Es aquí.

Gira con pericia el volante y conduce un par de minutos por un sendero. Al llegar ante un antiguo roble, se detiene y apaga el motor.

La respiración se le vuelve a acelerar y cierra los ojos.

Le he prometido que no lo dejaré arrepentirse de haberme llevado hasta allí y voy a cumplir mi promesa.

—Abre los ojos y mírame, Daniel. ¿Por qué me has traído aquí?

Le tiro del pelo y presiono su erección con fuerza.

—Una tarde de verano... —empieza a contar con los ojos cerrados. Voy a permitirle durante unos segundos, pero después le dejaré claro que no pienso tolerar que me evite. Le clavo las uñas en la nuca—. Una tarde de verano —repite, abriendo ahora sí los ojos, sin que tenga que pedirle—, Laura y yo estábamos aquí leyendo. La casa está detrás de esa colina —explica.

—Sigue.

—Mi tío y uno de sus amigos aparecieron de la nada. —Traga saliva—. Y Laura me pidió que me fuera. Me lo exigió —se corrige, como si lo estuviese recordando bien por primera vez— y me echó de su lado. Me dijo que era demasiado pequeño para leer aquel libro con ella.

Cierra de nuevo los ojos y le tiembla un músculo de la mandíbula.

—No tendría que haberle hecho caso —dice, furioso consigo mismo y con Laura, pero mucho más con él.

Nada de lo que le diga lo hará cambiar de opinión. Daniel necesita algo más que palabras. Mucho más. Me necesita a mí.

—Sal del coche.

Abre los ojos y me mira, sus pupilas negras parecen devorarme.

—Ahora —le ordeno.

Asiente y abre la puerta del Jaguar.

No espero a que venga a abrirme la mía; él siempre tiene ese gesto, pero ahora no es momento de que sea caballeroso.

Daniel camina hasta el roble y se detiene delante del tronco, mirándome. Yo lo sigo, el cielo todavía no está oscuro y la luz del atardecer confiere un aspecto mágico a ese lugar. La carretera más cercana no lo está lo suficiente como para que alguien pueda vernos y el coche nos protege de los curiosos con mejor vista. La copa del roble es una improvisada glorieta y las sombras ocultan parcialmente el rostro de Daniel.

—No le hiciste caso —afirmo, adivinando lo sucedido a través de la tensión que desprende Daniel—. Te quedaste.

—Había unas balas de paja a unos metros hacia el norte. Me escondí detrás de una.

Oh, Dios mío. Odio cuando utiliza esa voz fría y distante porque sé que significa que está sufriendo y que no quiere demostrármelo. Deseo abrazarlo, besarlo, rodearlo con los brazos y decirle que no pasa nada, que era sólo un niño, pero veo la cinta que rodea su muñeca.

No es lo que necesita. O mejor dicho, lo necesitará más tarde.

—No fue culpa tuya, Daniel —le digo con voz firme.

A pesar de la penumbra veo perfectamente que entrecierra los ojos y los clava en los míos. El duelo dura unos segundos. Voy a darle la oportunidad de que me cuente por qué se ha parado aquí precisamente hoy, de que me pida lo que quiere de verdad.

No lo hace.

—Será mejor que volvamos a entrar en el coche —dice apartando al fin la mirada.

No se mueve. No da un solo paso. Un desafío en toda regla.

—Date la vuelta y apoya las manos en el roble.

Su aliento está tan acelerado que creo poder sentirlo en mi piel. Mi corazón amenaza con ahogarme y con el pulgar acaricio el anillo que Daniel colocó en mi dedo anular hace unas semanas. Me da fuerzas para seguir adelante, aunque me basta con ver el brillo de sus ojos negros para saber que estoy haciendo lo que ambos deseamos.

—Date la vuelta y apoya las manos en el roble. No voy a volver a pedirte, Daniel.

Él suelta la respiración y sus pies se mueven como si estuviesen rompiendo unas cadenas. Los dos pasos que lo separan del árbol simbolizan mucho más que unos centímetros y cuando apoya las manos en el tronco veo que le tiemblan ligeramente.

Me acerco. No tardo demasiado porque no quiero que tenga tiempo de encerrarse de nuevo en sí mismo. Toco con los dedos la cinta que lleva en la muñeca y los deslizo despacio por su brazo por encima del jersey de cachemir gris. Sus músculos tiemblan a mi paso. Me detengo en su espalda y le cojo la nuca para echarle la cabeza hacia atrás y poder dar el siguiente paso.

Le muerdo el lóbulo de la oreja.

—Lo estás haciendo muy bien, amor.

Le suelto el lóbulo y me aparto un poco, pero con una mano sigo reteniéndolo por el cabello de la nuca.

—Pero no vamos a irnos de aquí hasta que el único recuerdo que tengas de este roble sea el de tu rendición.

Veo que flexiona los dedos con fuerza. Respira despacio, cada bocanada de aire parece dolerle tanto como los recuerdos.

—Tranquilo, amor. Cierra los ojos un segundo.

—No.

—Sé que quieres mirarme —le digo para tranquilizarlo— y yo quiero que me veas, pero ahora estoy detrás de ti y quiero que cierres los ojos.

Espero unos segundos hasta que Daniel obedece y apoya la frente en el roble.

—¿Por qué querías enseñarme este lugar?

—No pude ayudarla —dice entre dientes.

—Eras un niño.

—Tendría que haber hecho algo.

—Y lo hiciste. Sobreviviste. —Deslizo la mano por su espalda. Despacio, dejando que el temblor de su cuerpo pase al mío—. ¿Te acuerdas de anoche? —Me pego de nuevo a su espalda y, cogiéndolo de nuevo del pelo, le echo la cabeza hacia un lado. Él me deja hacer. Estoy convencida de que nunca veré nada tan excitante como a Daniel completamente en mis manos—. Te ha quedado una marca en el cuello. —Deslizo la lengua por la suave quemadura y él se estremece. Le muerdo el músculo del hombro—. Me gustaría poder hacerte lo que hacemos en casa.

Daniel tiembla.

—Tranquilo, sé lo que necesitas. No nos iremos de aquí hasta haber enterrado al menos uno de tus demonios.

Aprieto su erección y subo los dedos despacio en dirección a su cintura. Cuando llego allí, los deslizo por el cinturón y, al llegar a la hebilla, se lo desabrocho y tiro de él. El cuero sisea por encima de los pantalones de Daniel hasta quedar suspendido en el aire; un extremo está en mi mano y la punta toca el suelo.

Vuelvo a apartarme. Él no se ha movido y sigue con los ojos cerrados. Su confianza no sólo es afrodisíaca, sino el regalo que más valoro. Sujeto el cinturón por la hebilla, que es cuadrada y de un elegante color metalizado. La púa es puntiaguda; es exactamente lo que necesito ahora. O, mejor dicho, lo que necesita Daniel.

Me coloco justo detrás de él. Respiro pegada a su oreja derecha y dejo que sienta lo furiosa que estoy por lo que le sucedió allí en su infancia. Haría cualquier cosa con tal de que no hubiese tenido que vivirlo.

Mis caderas están pegadas a la parte trasera de sus muslos. A pesar de que llevo tacones, Daniel es mucho más alto que yo. Mi mano izquierda se mueve sigilosa de nuevo en busca de la erección y se la aprieto con fuerza.

En la mano derecha tengo la púa de la hebilla del cinturón y la paso por la espalda de Daniel, por debajo del jersey, arañándole la piel. El metal está frío y aprieto para que Daniel lo sienta.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Se sentaron uno a cada lado de Laura —empieza él, al notar que la púa de metal le recorre las vértebras—, no oí lo que le dijeron. Pero vi el rostro de mi hermana. Mi tío le apartó un mechón de pelo de la cara y el otro hombre le puso una mano en la rodilla un segundo.

Mueve la espalda en busca de la punta de acero. Yo aprieto un poco el metal al mismo tiempo que lo muevo hacia abajo y le susurro:

—Tranquilo, cariño. —Le muerdo de nuevo el cuello y, con la lengua, noto que se le acelera el pulso.

—Se levantaron y se fueron. Laura se echó a llorar. Aquel hombre se quedó a cenar y a dormir en casa esa noche. No hice nada, Amelia —dice entre dientes.

—No lo sabías.

Muevo de nuevo el cinturón, dibujando olas con la punta afilada.

—¡Me había olvidado! —grita, furioso de verdad—. Hasta hace unos días... me había olvidado. Laura lo hizo todo por mí y yo la he olvidado.

—Eso no es verdad.

—¡Sí lo es! No me merezco estar aquí.

Detengo la mano con la que sujeto el cinturón y me aparto de él.

—No sigas, Daniel. No lo digas. —Adivino sus intenciones y le advierto de

que no voy a tolerar que diga tal monstruosidad.

—Tendría que haber sido yo y no ella. Desde el principio.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Otra vez. Aunque ahora conozca gran parte de su pasado, sigue desgarrándome el corazón oírlo hablar de él.

Quiero abrazarlo. Y besarlo. Siempre quiero abrazar y besar a Daniel y sé que en el fondo él desea que lo haga, pero si quiero llegar a ese Daniel, antes tengo que poseer al Daniel que tengo delante.

Y él me ha pedido que no lo deje echarse atrás.

—Date la vuelta.

No lo hace, y sigue con las manos apoyadas en el árbol y los ojos cerrados.

—Date la vuelta y abre los ojos, Daniel. Ahora.

Se vuelve despacio y me mira. Tiene aquella mirada, la que me necesita desesperadamente, pero en medio de esa maravillosa entrega, siguen existiendo el odio y el resentimiento que siente hacia sí mismo por su pasado. Y no voy a tolerarlo.

—Extiende las manos.

Esta vez, sus brazos responden de inmediato y lo oigo suspirar aliviado.

Le coloco las palmas de las manos una contra la otra y le rodeo las muñecas con el cinturón. El cuero le da varias vueltas y, al juntar los dos extremos, aprieto con fuerza. Es imposible que pueda soltarse.

Le apoyo una mano en el torso e intento moverlo hacia atrás. No cede, pero me basta con enarcar una ceja para que su pie derecho dé un paso hacia atrás. Y otro.

Su espalda tropieza con el tronco y se detiene.

—No te muevas —susurro—, en seguida vuelvo.

Me vuelvo y me dirijo al coche. Cojo el bolso y busco la caja que contiene la sorpresa que le tenía preparada. Lo compré hace unos días, todavía no sé cómo me atreví a entrar en esa tienda, y buscaba el momento ideal para enseñárselo.

Me había imaginado una situación completamente distinta y creo que habría tardado varios meses más, o tal vez años, en dárselo, pero de repente éste me parece el momento y el lugar perfecto.

Abro la cajita y saco el anillo elástico de piel negra. Me tiemblan las manos, pero me digo que soy la única mujer ante la que Daniel se ha rendido, que él me pertenece tanto como yo le pertenezco. Me doy media vuelta y veo que está mirándome confuso, que sigue desprendiendo odio y tensión por todos sus poros y que me está esperando.

Me reta con la mirada y le tiembla un músculo de la mandíbula.

—Estoy muy enfadada contigo, Daniel.

—No tendría que haberme olvidado de lo que le sucedió a Laura.

Me coloco delante de él y le levanto las manos atadas por el cinturón para colocarme entre ellas. Si alguien nos ve desde la carretera, creará que Daniel me

está abrazando o que estamos bailando junto al árbol.

Mis pechos están completamente pegados a su torso y él mantiene la mirada fija al frente.

—Nunca te has olvidado de Laura. Nunca. Por ella, por lo que sucedió aquí, te convertiste en lo que eres. El problema —lo empujo con las dos manos hasta notar que se clava la corteza del árbol en la espalda— es que en realidad eres mucho más. ¿Acaso te has olvidado de que me perteneces?

Levanto la mano izquierda y le deslizo los dedos por el bíceps hasta el cuello, donde se los enredo en el pelo de la nuca.

Tiro de él hacia atrás para que apoye también la cabeza en el árbol. Daniel no lo sabe, pero dentro de unos minutos apenas podrá sostenerse en pie.

—Dilo, Daniel, di que eres mío.

Aparto los dedos de su nuca, asegurándome de arañarle el cuello.

Tiene que tragar saliva y humedecerse los labios, pero al final lo consigue:

—Soy tuyo.

—Muy bien, cariño.

Bajo ambas manos hasta llegar a la cinturilla del pantalón y desabrocho los botones. Con la mano izquierda, lo sujeto a él por la cintura. No ejerzo ningún tipo de fuerza, Daniel sabe que no puede moverse.

—No me gusta que digas esas cosas cuando no puedo hacer nada al respecto. Y sé que lo has hecho aposta. —Deslizo la mano derecha dentro de sus pantalones y acaricio levemente su erección por encima de los calzoncillos. Él tiembla y mueve un poco las caderas—. No voy a dejarte.

Daniel abre los ojos de golpe y resopla.

—Oh, sí, sé que en el fondo todavía estás convencido de que me dirás algo horrible que hará que te abandone. Pero eso no va a suceder. Nunca.

Sus negros ojos vuelven a desafiarne.

Subo la mano derecha por encima de los calzoncillos y al llegar a la cintura vuelvo a descender, ahora sobre su piel, por debajo de la prenda de ropa interior. Rodeo su pene con los dedos y aprieto con fuerza, sin moverlos.

—Si estuviéramos en casa —susurro despacio, siguiendo el ritmo de mi mano—, te ataría a la cama y te dejaría allí sin hacerte nada durante un rato. Me desnudaría delante de ti —se le acelera la respiración y su miembro crece entre mis dedos— y tú no podrías tocarme. Tal vez me quedaría en braguitas... y te obligaría a arrancármelas con los dientes. Sólo con los dientes. —Aflojo la mano y Daniel aprieta la mandíbula. Deslizo los dedos despacio hasta su prepucio y se lo recorro con la uña—. Pero primero no haría nada de eso.

Vuelvo a acariciar su erección y él respira aliviado, a pesar de que noto perfectamente cómo tira de las muñecas, que tiene inmovilizadas por el cinturón.

—Primero encendería una vela y acercaría la llama a tu torso. Dejaría que te quemara, pero sólo un poco.

Muevo la mano derecha, lo excito.

—Después, apartaría la vela y derramaría unas gotas de cera justo encima de tu corazón. Sé que ahí es donde más te gusta.

Daniel apoya rendido la cabeza contra el árbol y yo también me pierdo en el deseo que empieza a tejerse espeso entre nosotros.

—Pero ahora no estamos en casa y tú... —tengo que humedecerme los labios para poder continuar— tú has dicho que te gustaría haber muerto. Y eso no puedo consentirlo.

Le aparto la mano izquierda de la cintura y la llevo hasta su erección, y con la derecha cojo el aro de piel negra que me había guardado en el bolsillo.

—He comprado algo para ti —susurro, algo nerviosa—, sé que estoy aprendiendo contigo, pero te prometo que esto es exactamente lo que necesitas.

—Tú eres lo que necesito —me dice entre dientes.

Me da un vuelco el corazón siempre que oigo esa confesión. Apoyo la frente en el torso de él, que agacha la cabeza para darme un beso en el pelo.

—No puedes decir que preferirías haber muerto y creer que no vas a tener que pagar las consecuencias. —Vuelvo a mover la mano despacio y él nota el cuero que está ahora entre mis dedos y se tensa y excita todavía más—. Si termino de masturbarte, tal vez no te olvidarías de lo que sucedió en este roble. Sí, quizá recordaría ambas cosas, el pasado y el presente, pero quiero que cuando pienses en este lugar sólo te acuerdes de mí. De nosotros.

—Yo...

Daniel no va a mentirme, es incapaz, y por eso lo recompensó apretando la erección entre mis dedos como a él le gusta.

Aparto la cabeza de su torso y respiro hondo. Me gustaría desnudarlo y besarlo, recorrerle el pecho a besos y a mordiscos, sentirlo estremecerse bajo mis labios. Pero ahora debo hacer algo mejor: debo llevarlo al límite.

El pantalón está desabrochado y aparto ambos extremos para poder tocarlo mejor. Se lo deslizo un poco hacia abajo, no demasiado, igual que los calzoncillos. Le acaricio el pene con ambas manos, despacio, con fuerza, dejando que note que lo estoy tocando y mirando al mismo tiempo. Guiando y dominando su deseo.

—Si estuviéramos en casa —retomo mi relato de antes—, colocaría la vela justo aquí —deslizo los dedos por el lateral de su erección— y esperaría a que temblases. —Daniel se estremece—. Después, quizá derramaría un poco más de cera en uno de tus muslos. ¿Te he dicho que también tienes los pies atados a la cama? Estás completamente inmóvil, pero tus ojos —suspiramos los dos—, tus ojos tienen todo el poder. Esperaría a que la cera del muslo resbalase por tu pierna y entonces me sentaría entre ellas. Dejaría la vela en la mesilla de noche o quizá... —Muevo la mano derecha y paso el aro de cuero negro por toda su erección hasta llegar a la punta—. Quizá derramaría unas últimas gotas en tu

omblijo. Tú contraerías los músculos, lo haces porque así notas más el calor de la cera.

Con la mano izquierda le sujeto inmóvil la erección, porque parece estar a punto de eyacular.

—Te gusta notar el calor, sentir que te quema ligeramente la piel. Y te gusta que después te bese.

Me pongo de rodillas en el suelo, sin importarme mancharme con la hierba. El Jaguar me oculta por completo de miradas imprevistas.

Necesito besar a Daniel, pero antes tengo que terminar.

—Es un anillo de cuero —le explico, deslizándolo por su erección—. Te apretará y no dejará que te corras. Sé que podría ordenarte que no te corrieras y que obedecerías —coloco el cuero justo al final de su miembro y lo aprieto—, pero así además notarás que no puedes. Lo necesitas, Daniel.

—Dios —lo oigo mascullar y su miembro crece a pesar de la restricción del cuero, aunque efectivamente no eyacula.

—Vas a llevar este anillo hasta que yo te diga. Hasta que decida perdonarte.

Antes de levantarme, no resisto la tentación de pasarle la lengua por la erección. Se la recorro despacio, deleitándome en cada temblor, y me detengo en la punta para besarla igual que si estuviera besando los labios de Daniel.

—Amelia, por favor.

Le deslizo la lengua por el prepucio y capturo una de las pocas gotas de semen que se han escapado. Vuelvo a besarlo y me aparto despacio.

Daniel está temblando y tiene los músculos de los brazos completamente tensos. Por un segundo, temo que sea capaz de romper el cinturón.

Me levanto despacio del suelo y le coloco la erección dentro de los calzoncillos. Lo acaricio por última vez antes de abrocharle los pantalones. Le doy un beso en el torso, encima del jersey que oculta su corazón, y después lo sujeto por la nuca para bajarle la cara y besarlo en los labios. Él los separa al sentir mi lengua y me devora. Sé que detecta su sabor en mí y eso lo enloquece de deseo. Su miembro tiembla y se endurece pegado a mi estómago.

Lo beso y dejo que se rinda a mí, mientras yo me rindo también a él, aunque no se lo digo. Lo sujeto por la nuca con todas mis fuerzas y mis labios sucumben a los suyos. No puedo dejarme llevar y le muerdo el labio inferior. Él se estremece y yo me aparto despacio.

—No vas a correrte. Vas a llevar este anillo hasta que yo te lo quite. ¿Entendido?

Traga saliva antes de contestarme, con las pupilas completamente dilatadas.

—Entendido.

—Muy bien, amor.

Le doy un último beso en los labios y vuelvo a agacharme para salir de entre sus brazos. A Daniel se le acelera de nuevo la respiración, y sí, lo torturo un

segundo más pegándome a su cuerpo. Salgo de debajo de él y lo cojo por las muñecas.

—No voy a soltarte las manos. Voy a conducir yo y tú tendrás que ir a mi lado y pensar en todo lo que vas a tener que hacer y decir para que te perdone.

Tiro de Daniel hacia el coche y le abro la puerta del acompañante. Lo ayudo a sentarse y le pongo el cinturón de seguridad.

Daniel no me mira, pero aprieta la mandíbula con fuerza. Resopla por la nariz e inhala profundamente antes de que me aparte de él. Está excitado y furioso. No le gusta que las cosas no salgan como ha planeado, a pesar de que eso no sea lo que necesita.

A mí me tiemblan las piernas y las manos y estoy tan excitada que seguramente bastaría con que Daniel volviese a besarme o a decirme que me ama para que alcanzase el orgasmo.

Respiro hondo antes de entrar en el coche y sentarme tras el volante. A pesar de lo satisfactorio que sería hacerle ahora el amor, ambos queremos contenernos hasta el momento exacto.

—¿Cuál es el segundo lugar que querías enseñarme, amor?

Él sigue en silencio. Primero creo que está enfadado y que no quiere contestarme, pero tras poner en marcha el motor y volver a la carretera, me atrevo a mirarlo y descubro que tiene los ojos cerrados y que le tiemblan las manos. Está intentando tranquilizarse; coge aire despacio y lo suelta por entre los labios mientras mantiene las piernas ligeramente separadas, con los pies apretados en la alfombrilla del coche.

Está muy excitado.

Sujeto el volante con fuerza unos segundos antes de soltar la mano izquierda y acercarla al muslo de Daniel.

Él abre los ojos de repente y me mira. Sus iris me queman la piel.

—No me toques. —No es una orden, sino una súplica.

—Puedo hacer contigo lo que quiera —contesto yo, colocando la mano encima de su erección.

Él aprieta los dientes hasta que le tiembla un músculo de la mandíbula y levanta levemente las caderas en busca de mis dedos.

—Para el coche —me pide—. No puedo seguir así.

Echa la cabeza hacia atrás y una gota de sudor le resbala por la sien.

—Sí puedes y seguirás así hasta que me digas lo que quiero oír.

—Está cerca de aquí —masculla—; gira a la derecha en el próximo cruce y verás un lago.

Aparto la mano de su erección y no sé si él respira aliviado o decepcionado, pero con una sola mano no puedo girar el volante y por nada del mundo quiero ponernos en peligro. Así también los dos podemos aprovechar esa tregua forzosa para calmarnos.

Él no parece calmarse, sino que separa más las piernas y coloca las manos atadas encima de su erección.

—Daniel, si te tocas, pararé el coche y todo habrá terminado. Te quitaré el cinturón y el anillo de cuero y no volveremos a hablar de esto nunca más —le digo seria—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Ahora que hemos llegado tan lejos?

Él suelta el aliento entre los dientes y aparta las manos para colocarlas encima de su muslo derecho. El torso le sube y baja, temblando como si le doliera respirar, y tiene la nuca empapada de sudor.

—Gracias, amor —le digo, acariciándole la mejilla—. Lo has hecho muy bien.

Él no dice nada, pero mueve la cara en busca de mi mano.

—Es allí —dice—, junto al lago.

Sujeto de nuevo el volante con las dos manos, echando de menos el tacto de su piel al instante, y giro hacia una plataforma de madera que hay a la orilla del agua.

Ha oscurecido un poco, lo bastante como para que nadie pueda vernos si apago las luces del coche. Detengo el motor y espero a que Daniel empiece a hablar. Sé que va a tomarse su tiempo para buscar las palabras exactas y no voy a presionarlo.

—Mi madre, Laura y yo veníamos aquí a veces —empieza—. A mi hermana y a mí nos gustaba mucho porque mamá se sentaba a leer en la plataforma de madera mientras ella y yo jugábamos en la hierba o en el agua. Recuerdo un verano en que lo pasamos muy bien; yo tenía un barco teledirigido y Laura había decidido aprender a pescar. Incluso mi padre vino un par de tardes. —Traga saliva y, tras unos segundos, se obliga a continuar—. El verano siguiente, Laura y yo quisimos volver, pero mamá nos dijo que no. Yo volví a insistir —suspira—, supongo que me puse pesado, y mi madre me dijo a gritos que jamás volveríamos a este lago. Esa misma noche, oí discutir a mis padres. Mi madre le preguntaba a mi padre cómo había sido capaz de serle infiel. Se insultaron. Se gritaron. Los dos se dijeron cosas horribles. Oí que se rompía algo, probablemente fuese un jarrón. Y entonces se quedaron en silencio.

Daniel se calla y, por su mirada, sé que está recordando algo muy doloroso. No puedo soportar verlo así.

—Tócame, Amelia. Por favor.

Me dice lo que necesita y se lo doy. Me vuelvo en mi asiento y le acaricio la mejilla con la mano derecha, mientras coloco al mismo tiempo la izquierda encima de su miembro excitado.

Suspira aliviado y continúa. Mis caricias lo reconfortan.

—Pensé que no iban a decir nada más, que la discusión había terminado, pero mi padre volvió a hablar. Nunca olvidaré sus palabras, por mucho que lo intente: « Tú te acostaste con Jeffrey y yo me he quedado con vuestro bastardo. Perdiste

cualquier derecho a reclamarme nada el día que decidiste quedarte con ese niño» .

Le tiemblan los brazos de la fuerza que está haciendo para contener la rabia.

—Hoy es la primera vez que veo este lago desde entonces. Es una estupidez, pero me convencí de que lo había soñado. Me dije que había sido una pesadilla, que era imposible que Jeffrey fuese mi padre y, durante un tiempo, me convencí de ello. Un día del verano siguiente, Laura sugirió que viniésemos al lago, pero yo me negué. Pensé que si volvía aquí recordaría lo de esa horrible noche y no tendría más remedio que asumirlo. No tendría que haberme molestado —suspiró agotado—, mi tío se encargó de dejarme claro quién era yo y qué quería hacer conmigo.

Le acaricio la mejilla y deslizo los dedos hasta su nuca.

Daniel se tensa y vuelve a hablar:

—Además de todo lo que me hizo Jeffrey, también me arrebató uno de los pocos buenos recuerdos que tenía de mi familia.

Cierra los ojos y apoya la cabeza en el asiento del coche. Le suelto el pelo y paso la mano por el brazo izquierdo hasta llegar al cinturón de seguridad. Lo suelto y lo aparto con cuidado.

Suelto también el mío y salgo del vehículo. Él no se ha movido, espera a que yo le diga que puede hacerlo. Haré mucho más. Paso por delante del coche y voy hacia su puerta, la abro y cojo a Daniel por el cinturón que sigue atándole las muñecas.

—Sal del coche, amor. Vamos.

Daniel es el hombre más fuerte que he visto nunca. Los músculos de su torso son inacabables y las horas que se ha pasado nadando en la piscina le han dejado los brazos más bien formados que uno podría imaginar. Tiene las piernas musculadas de tanto nadar y las nalgas de acero. Su cuerpo me excita sólo con mirarlo y sé —muy a mi pesar— que cautiva a todas las mujeres que se cruzan en su camino. Sin embargo, lo más irresistible de él son sus ojos y el modo en que tiembla cuando se entrega a mí.

Salé del coche. Tiene las manos atadas, pero aun así, desprende autoridad y poder con cada movimiento. Se detiene frente a la puerta, lo suficientemente lejos como para que yo pueda cerrarla.

—Ven —le digo, cogiéndole ahora de las manos—, date la vuelta.

Daniel se vuelve, el capó del coche queda delante de nosotros, el lago brilla detrás, con los destellos de la luna.

—Es un lago, Daniel, no tiene el poder de destruirte. Nadie lo tiene.

—No sé cómo pudo acostarse con él.

No hace falta que me diga a quién se refiere. En el fondo me parece un auténtico milagro que, a pesar de todo, haya sido capaz de seguir queriendo a su madre.

—No pienses en eso, amor. Mira el lago y cuéntame cómo era el día que estuvisteis aquí los cuatro.

—Tranquilo. Feliz.

Pronuncia esas dos únicas palabras y sé que le han dolido. Necesita algo más, si quiero que recupere ese lugar.

—Ven.

Lo acerco al capó, hago que se detenga con los pies justo delante de la rueda delantera.

—Mira el lago otra vez. Es precioso. El agua brilla y apenas se mueve. Seguro que ese día que estuviste aquí con tu familia hacia sol y calor. Seguro que salpicaste a Laura y ella se rió.

—No, se enfadó conmigo. Dijo que estaba muy fría —dice con una sonrisa.

—Date la vuelta, Daniel.

Él se vuelve despacio y, a pesar de que sigue sonriendo, veo que está triste. Con una mano en su torso, lo empujo levemente hacia atrás hasta que la parte trasera de sus muslos se apoya en el capó del coche.

—Es un lago precioso, Daniel —susurro, deslizando los dedos por encima de la bragueta de los pantalones—. Gracias por enseñármelo.

—Nunca pensé que volvería aquí, y menos con una mujer.

Apoyo la mano derecha en el capó del coche, junto a la cadera de Daniel, y la izquierda en su cintura. Me acerco hasta que mi pecho se pega al suyo y mis labios le rozan la oreja derecha.

—No has traído a una mujer —susurro, antes de morderle el lóbulo—, me has traído a mí.

Llevo mis dedos a la cintura de su pantalón y los detengo encima del botón. Le doy un beso en el cuello, dejo los labios quietos allí un segundo y noto que el pulso se le acelera.

—Dentro de unos años vamos a volver aquí. ¿De acuerdo? Tú, yo y nuestros hijos.

La erección de Daniel tiembla al oír la segunda parte de la frase. Aprieto su miembro y, tras darle un beso en la mandíbula, vuelvo a morderle el lóbulo.

—¿De acuerdo? —repito.

—De acuerdo —susurra él.

Deslizo la mano dentro del pantalón, por debajo de la ropa interior, y lo siento temblar.

—Muy bien, amor, pero sigo enfadada contigo.

—Lo siento.

Muevo la mano, aprieto, capturo una gota de su semen en las yemas y se la deslizo por el miembro.

—No quiero que lo sientas —le digo al oído—, quiero que me digas por qué estoy enfadada y que me prometas que nunca volverás a pensar algo así.

Él mueve levemente las caderas y aprieta los dientes.

—Sabes por qué estoy enfadada, ¿no?

Le muerdo el cuello, justo donde se junta con la clavícula, y le clavo los dientes mientras sigo acariciando su erección. El anillo de cuero le impide excitarse demasiado y tiene la piel muy tensa y caliente.

—Porque... —se humedece los labios antes de seguir— porque he dicho que tendría que haber sido yo.

Rodeo el anillo de cuero con los dedos, deslizo las uñas por debajo de la piel que está oprimida bajo la cinta y él traga saliva y tiembla.

—Y qué más, Daniel. Sigue.

—Porque... —repite— porque he dicho que lo que le sucedió a Laura tendría que haberme sucedido a mí desde el principio.

—Exacto, amor. —Le doy un beso en el cuello—. No puedes menospreciar así el sacrificio de tu hermana. —Sujeto su erección y vuelvo a masturbarlo—. Y no toleraré que desees que te sucediera algo así. Si te hubiera pasado a ti, tal vez no nos habríamos conocido. —Me detengo y espero a que a él intente mover las caderas, entonces lo sujeto con fuerza—. No puedo imaginarme el mundo sin ti, así que no me obligues a hacerlo. O me enfadaré de verdad. —Le clavo las uñas en el miembro—. ¿De acuerdo?

Daniel respira entre dientes y traga saliva en busca de una respuesta.

—¿De acuerdo? —repite, presionando su torso con el mío, al mismo tiempo que deslizo la lengua por el tendón de su cuello.

—De acuerdo —susurra.

Me aparto un poco y acerco de nuevo los labios a su oído.

—¿Sabes qué vamos a hacer ahora? Voy a soltarte las manos y vas a conducir directamente hasta el hotel. Quiero que conduzcas tú, porque yo tengo tantas ganas de tenerte dentro de mí que no me veo capaz de concentrarme.

Su erección se estremece entre mis dedos y Daniel aprieta los dientes.

—Conducirás en silencio, sin decirme nada, y pensarás en todo lo que habríamos perdido los dos si tu pasado fuera distinto. Pensarás en todos los besos que no nos habríamos dado, en todas las noches y en todos los días que habríamos tenido que pasar el uno sin el otro. ¿Crees que puedes imaginártelo?

—No, no quiero imaginármelo —masculla furioso.

—Yo tampoco —le digo, moviendo la mano hacia arriba y abajo de su erección—. Y tú me has obligado.

—Yo... —Tiembla—. Lo siento. No puedo más, Amelia. Necesito terminar. —Traga saliva—. Necesito estar dentro de ti.

—Y lo estarás. Cuando te lo hayas ganado.

Me aparto y saco poco a poco la mano de dentro de sus pantalones. Él mueve las caderas para alargar el contacto con mis dedos, pero no se lo permito. Le cojo las manos y desabrocho el cinturón. Daniel está inmóvil, desvía los ojos de

mis manos a mi cara, como si no supiera qué devorar primero.

Le cojo las muñecas y me las acerco a los labios para besarlas. El cinturón no estaba tan apretado como para hacerle daño, pero tengo ganas de besarlo y eso me proporciona la excusa perfecta. Le doy un beso en cada muñeca y paso la lengua despacio por debajo de la cinta de cuero que tanto significa en nuestra unión.

—Vamos, amor, ve al coche —le digo, tras soltarlo. Se lo ve tan absorto, tan mío, que no puedo resistir la tentación de pasarle los dedos por el pelo—. Vamos al hotel, necesitamos estar juntos.

Daniel asiente y, tras carraspear, se dirige al Jaguar y se sienta sin pensarlo tras el volante. Lo sigo, impaciente por seguir sintiendo su presencia a mi lado. Y porque no puedo estar ni un segundo lejos de sus ojos.

Abro la puerta del acompañante, me siento y me abrocho el cinturón (a la tercera) con torpeza.

Daniel pone el coche en marcha y vuelve a la carretera principal.

—El hotel está cerca —me dice, tras apretar la mandíbula un par de veces—, a menos de cinco minutos.

—Me alegro —confieso—, no creo que podamos aguantar mucho más. Tú tienes el anillo, pero yo... —Muevo las piernas y noto sus ojos fijos en ellas—. La carretera, Daniel.

Gira la cabeza con un gesto brusco y los nudillos se le ponen blancos de la fuerza con que sujeta el volante.

—Eso ha sido cruel, Amelia. —Pero sonrío, contradiciendo sus palabras.

—Tú conduce y escucha bien lo que quiero que me hagas cuando lleguemos. No volveré a repetírtelo.

—De acuerdo.

—Llegaremos al hotel. Tú cogerás la llave en recepción y yo te esperaré impaciente. Estaré detrás de ti, escuchando tu voz, oliendo tu perfume. Me notarás a tu lado, tocándote la espalda, acariciándote el brazo y dándote un beso de vez en cuando.

—¿Y qué más?

—Entraremos en el ascensor. Nos colocaremos en el fondo...

—Como el día que nos conocimos —termina él.

—Si estamos solos, sólo nos besaremos una vez. No podemos besarnos más.

—¿Y si no?

—Si no, nos colocaremos el uno junto al otro y nos daremos la mano.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y cuando el ascensor se detenga?

—Saldremos e iremos directamente a nuestro dormitorio. Yo abriré la puerta.

—¿Y yo? —me pregunta, cambiando de marcha.

—Tú cerrarás la puerta, me cogerás en brazos y me harás el amor contra la primera pared que encuentres. No quiero que me toques, ni que me acaricies, quiero que entres dentro de mí y me poseas como sólo tú puedes hacerlo. Yo no tardaré en tener un orgasmo, pero tú... —Tiemblo y tengo que humedecerme los labios para continuar.

—¿Yo?

—Tú no. Me sujetarás y me besarás, notarás cómo tiemblo a tu alrededor. Mi cuerpo querrá arrastrarte, porque nada me gusta más que notar cómo terminas dentro de mí, pero esta vez terminaré sola. Terminaré sola con tu súplica. Después me dejarás en el suelo y nos desnudaremos. Tal vez te quite el anillo de la erección, tal vez no.

—Amelia...

—¿Sí?

—Ya hemos llegado.

Nunca cinco minutos se me han hecho tan eternos. Tengo que reconocer que a Daniel se le da mucho mejor que a mí ocultar su deseo. O eso creo, hasta que veo que flexiona los dedos de la mano izquierda por debajo del mostrador de recepción. O que desvía la mirada hacia la cinta que lleva alrededor de la muñeca.

Una noche, semanas atrás, después de hacer el amor, me confesó que lo tranquilizaba mirarla.

Le veo darle la tarjeta de crédito al recepcionista. Éste le sonríe amablemente y le entrega la llave. Aparece un botones dispuesto a llevarnos el equipaje, pero Daniel insiste en que no hace falta; para compensar la negativa, le entrega un billete de veinte libras y el joven retrocede sonrojado.

—No quiero que nadie nos entretenga —me dice en voz baja, cuando los dos estamos esperando el ascensor.

No estamos solos, un matrimonio de unos sesenta años sube con nosotros. Primero me ha dado pena que tuviésemos compañía, pero cuando Daniel se ha colocado a mi lado, con la espalda apoyada en la pared del ascensor, y me ha dado la mano, me ha parecido el momento más perfecto del mundo.

Nosotros nos bajamos primero y, en el pasillo, él me entrega la llave. Yo la cojo con dedos temblorosos. Me emociona ver que recuerda todo lo que le he dicho en el coche.

Llegamos frente a la puerta y, milagrosamente, inserto la llave a la primera.

Después, todo sucede tan rápido que apenas puedo respirar.

Oigo el ruido de la bolsa al caer y supongo que Daniel cierra la puerta de una patada, porque lo siguiente que soy capaz de percibir es mi espalda golpeando la pared del hotel.

Daniel tiembla, aunque me temo que no tanto como yo. Me sujeta por las nalgas y, cuando me tiene firmemente apoyada contra la pared, aparta una mano para desabrocharse los pantalones.

Mientras su respiración resuena en la habitación, le muerdo el cuello y después lo beso donde he hundido los dientes.

—Dios, Amelia, para.

—No.

Me sube la falda y me arranca la ropa interior.

Le doy un beso. Atrapo sus labios con los míos y gimo entre sus jadeos. Su mano derecha está bajo mis nalgas y flexiona los dedos sobre mi piel. Con la mano izquierda guía su erección hasta que...

—¡Daniel!

Aparta la mano y me la coloca en la otra nalga para sujetarme con más firmeza. El beso es húmedo, ardiente, apasionado.

Deja de besarme, me pasa la lengua por el labio inferior y apoya la frente en la mía. Abre los ojos.

Le tiemblan las manos.

—Amelia, mírame. Por favor.

He cerrado los ojos de lo intenso que es el placer, de lo abrumada que me siento por su pasión, pero la voz de él me llega al alma.

—No bastará con el anillo de cuero —me dice asustado. Tiene la frente empapada de sudor y aprieta los dientes para contenerse—. Es demasiado.

Levanto las manos, hasta ahora las tenía en su espalda, y las llevo hacia su nuca. El tiro del pelo y nuestros ojos se encuentran.

—Bésame, Daniel, bésame como si lo único que te importase fuera que te devolviera el beso.

—No puedo, siempre que estoy contigo quiero más.

—Chis, tranquilo. Bésame.

—Me correré.

—No, no lo harás. Sé que no lo harás. Te aseguro que no lo harás. —Me lamo el labio inferior e intento detener mi propio orgasmo—. Y no por mi regalo de antes —sonríe y le doy un beso en los labios—, no terminarás porque yo te he pedido que no lo hagas. ¿De acuerdo?

Él niega con la cabeza y mueve las caderas.

Le tiro del pelo, sus manos se flexionan en mis nalgas y, con un movimiento de cabeza, aparta el pelo de entre mis dedos. Me enseña los dientes un segundo y entonces me atrapa el labio inferior entre ellos y me besa con todo su ser. Su lengua desprende la misma tensión que su miembro, sus caderas imitan los movimientos de sus labios.

Le sujeto la cara con las manos y vuelvo a cogerle el pelo con mucha más firmeza que antes.

—¿De acuerdo, Daniel?

Lo miro a los ojos y él a los míos.

—No puedo más, Amelia.

Le suelto el pelo y deslizo los dedos por sus mechones empapados de sudor. Aparto la cabeza de la pared y le doy un beso en un párpado. Luego en el otro. Él tiene la respiración entrecortada y su aliento me acaricia la piel. Le beso el pómulo, la mejilla.

—Claro que puedes. Confía en mí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —accede al fin, tras soltar el aire de los pulmones.

Bajo las manos por su cabeza, las detengo en la nuca y él aprieta los dientes. No me paro ahí, sino que sigo deslizándolas y las coloco encima de sus pectorales. Los noto temblar bajo mis palmas.

—Me fascina la fuerza que desprendes.

—Amelia —susurra entre dientes.

—Bésame, Daniel. —Lo miro de nuevo a los ojos y él me obedece.

Me besa con una calma que no poseía antes, a pesar de que su miembro tiembla imposiblemente erecto en mi interior. Me hace el amor con los labios y mueve despacio las caderas; a un ritmo destinado a enloquecernos a ambos. Entra y sale de mi cuerpo, poseyéndome hasta lo más hondo. Sé que si alguna vez tengo que superar su pérdida, no seré capaz; ningún hombre será para mí como Daniel.

—Amelia, por favor. —Interrumpe el beso y me suplica. No quiere terminar y sé que no va a hacerlo porque yo se lo he pedido, pero eso no significa que su cuerpo no esté devorado por el mismo deseo que el mío.

—¿Por favor qué?

Me mira confuso un breve segundo y gracias al brillo de sus ojos veo el instante exacto en que recuerda lo que le he dicho en el coche.

—Por favor, Amelia, córrete.

Le sonrío y me parece imposible reflejar en mi rostro todo el amor que siento por ese hombre. Él mueve las caderas decidido y aprieta los dedos en mis nalgas. Yo lo recompensó subiendo las manos por su torso y tirándole del pelo.

—¿Por qué, Daniel?

El corazón me late tan de prisa que parece una locomotora descarrilada. Las gotas de sudor resbalan entre mis pechos, que me duelen de lo excitada que estoy.

—¿Por qué, Daniel? —gimo.

—Porque te pertenezco y necesito sentir que soy tuyo.

Es la respuesta perfecta. Y Daniel ha sabido encontrarla. Mi sexo se estremece y empiezo a temblar. El orgasmo se extiende por todo mi cuerpo, lo recorre desde mi entrepierna hasta el último centímetro de mi piel. Noto como si su miembro me quemase por dentro, haciéndome suya de un modo que hasta ahora no me había imaginado, y aprieto los muslos alrededor de su cintura para retenerlo allí para siempre.

A él le resbala el sudor por la frente y la apoya en la mía un segundo. Nuestras miradas se funden.

—Amelia —susurra con la voz impregnada de todos esos sentimientos.

—Daniel.

—Te amo.

Mi placer estaba llegando al final justo cuando ha dicho esas palabras y un segundo orgasmo ha rebasado por completo al primero. El calor recorre mis venas, erizándome la piel a su paso. Nuestros sexos se devoran, el mío quiere capturar el suyo y arrastrarlo hacia ese placer tan intenso, pero el de Daniel tiembla enloquecido sin llegar al final.

Su entrega me está abrumando, el amor y el placer que me hace sentir me llenan los ojos de lágrimas.

—Daniel, yo...

Él no me deja terminar. Sus labios cubren los míos en un beso igual de demoledor que los movimientos de sus caderas, igual de intenso y salvaje. Igual de posesivo. Lo muerdo, no puedo contenerme, y le tiro del pelo. Su miembro se estremece y a él se le escapa un gemido.

El orgasmo que me ha hecho sentir ha sido casi eterno, pero empieza a retroceder igual que una marea siguiendo la luna y me veo capaz de contenerlo y de centrarme en Daniel. Aflojo despacio las piernas y, aunque me tiemblan, pongo los pies en el suelo.

Su pene sale de mi interior y a él parece dolerle la leve caricia del aire. El miembro tiembla erecto, el aro de cuero negro sigue presionándole un extremo y la punta está húmeda, como si llorase.

Los dos nos hemos quedado sin aliento, pero Daniel apoya las manos en la pared a ambos lados de mi cuello para sujetarse. Le tiemblan los brazos de la tensión, y yo levanto una mano para deslizarla por su bíceps derecho hacia abajo, hasta tocar la cinta que simboliza que me pertenece.

Daniel se estremece y tiene que apretar la mandíbula.

—Ven.

Le cojo la mano y entrelazo nuestros dedos para recorrer juntos los pocos pasos que nos separan de la cama. La habitación está a oscuras, ninguno de los dos hemos perdido un segundo para encender la luz, pero gracias a los rayos de luna que entran por la ventana, no hace falta.

En algún momento se me han caído los zapatos al suelo, así que camino descalza. Daniel me aprieta los dedos con tanta fuerza que temo haberlo hecho ir demasiado lejos.

Me doy media vuelta y me topo con su torso. Me pongo de puntillas y le doy un beso en los labios.

Tiemblan y están húmedos como si él acabase de lamérselos.

—Tranquilo, amor.

Él cierra los ojos un segundo y respira hondo antes de volver a abrirlos. Cuando lo hace, sus iris están fijos en mí.

—Voy a desnudarte.

Daniel asiente en silencio. Creo que necesita de toda su fuerza de voluntad para controlar lo que está sintiendo.

Le levanto el jersey y, con su ayuda, se lo saco por la cabeza y los brazos. Lanzo la prenda al suelo sin preocuparme demasiado. Para hacerme el amor, él no se ha quitado los vaqueros, pero ahora parecen incapaces de seguir conteniendo los poderosos músculos de Daniel, así que me apresuro a deslizárselos hacia abajo.

Evito adrede tocar su erección, pero mi pelo la acaricia sin darme yo cuenta y oigo que Daniel respira entre dientes. Me pongo de rodillas para quitarle los zapatos y terminar de desnudarlo. Cuando me incorporo, se me detiene un segundo el corazón al ver a aquel hombre tan magnífico plantado ante mí. Esperando oír mis palabras. Dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de ser mío.

Ahora soy yo la que es incapaz de hablar. Me desabrocho el botón de la falda y la dejo caer al suelo. Salgo del círculo de tela para quedar a apenas a unos centímetros del cuerpo de Daniel. Su calor amenaza con quemarme, su erección me tienta con cada temblor. Levanto las manos y me desabrocho los botones de la camisa uno a uno. Cuando termino, saco primero un brazo y luego el otro y dejo que caiga también al suelo.

La seda hace un ruido especial al caer distinto al resto de la ropa y quizá por eso vuelvo a fijarme en la tela. Entonces miro a Daniel y veo que flexiona las manos a los costados; igual que el día que lo conocí, me recuerda a una pantera. La pantera más sensual y peligrosa que he visto nunca.

Me quito el sujetador, nerviosa, mientras mi mente no puede desprenderse de esa imagen.

—Ven —susurro, cogiéndole de nuevo una mano.

Sigue temblando. Está tan excitado y tenso que si quiero que se rinda a mí de nuevo tengo que recordarle que conmigo está a salvo. Conmigo puede dejarse ir por completo.

—Siéntate.

Está frente a los pies de la cama y hace lo que le digo. Su miembro se estremece, y veo que cuando sus testículos rozan la fría sábana, eso está a punto de llevarlo al límite, pero aprieta la mandíbula y se contiene.

—Tranquilo. —Le acaricio la mejilla, pero él intenta apartarse.

Me alejo un poco y veo que hace una inspiración profunda. La camisa arremolinada en el suelo llama de nuevo mi atención y voy a buscarla. Sé que Daniel tiene los ojos fijos en mi espalda desnuda y me muevo despacio para sentir su caricia. Con la prenda en las manos, vuelvo a acercarme a él y apoyo una palma en su torso.

—Tumbate.

Lo empujo levemente hasta tumbarlo en la cama. Sigue con los pies apoyados en el suelo y en esa postura se le marcan los tendones de las ingles. Tiene las manos a ambos lados del cuerpo y sus dedos aferran las sábanas. Yo me arrodillo en el colchón a la altura de su cabeza e inclinándome hacia delante le susurro al oído:

—Levanta los brazos.

Obedece al instante y sus musculosos bíceps quedan por encima de su cabeza. La imagen es tan sensual que tardo unos segundos en recordar qué era lo que estaba haciendo. Miro el extremo de la cama, un cabezal de metal con un

intrincado dibujo de flores.

Servirá.

Busco una de las mangas de mi camisa y rodeo con ella una de las muñecas de Daniel. Hago un nudo y lo aprieto fuerte, entonces paso la prenda por detrás del adorno que me parece más grueso del cabezal y con la otra manga le ato la otra muñeca.

Perfecto.

Daniel no se ha movido ni un centímetro, pero su respiración puede oírse en medio del silencio del dormitorio. Podría romper la tela, en realidad apenas le llevaría unos segundos hacerlo, pero a juzgar por cómo tensa los brazos para contenerse, no va a hacerlo.

De hecho, pienso satisfecha, podría haberle ordenado que levantara los brazos y no los moviese, pero así nos doy a ambos la ayuda que necesitamos. A mí me excita verlo con mi camisa atado a la cama y una parte de él sigue anhelando no poder moverse. Sentir que está a mi merced cuando, en realidad, soy yo quien está a la suya.

Me aparto de nuevo de la cama para decidir qué parte del cuerpo de Daniel beso primero. ¿Los labios? ¿El torso? ¿El abdomen? Él está esperando con los ojos cerrados. Un destello me distrae un segundo y veo que hay una cubitera con una botella de champán para darnos la bienvenida. Voy hasta ella y, al ver los cubitos de hielo, cojo uno sin dudarle y me lo meto en la boca como si fuera un caramelo. Cojo un vaso y pongo un par de cubitos en su interior.

Regreso junto a Daniel y, antes de que él abra los ojos o me pregunte nada, lo beso con mi boca tan fría.

Él retrocede un segundo como si lo hubiese quemado, y tal vez haya sido así, pero en seguida separa los labios y se rinde a mi beso. Estoy sentada a un lado de la cama y cojo un cubito del vaso para deslizarlo por la parte interior del antebrazo, mientras sigo besándolo.

Daniel tira de la camisa y el cabezal se sacude un poco.

—Tranquilo, amor —le susurro, apartándome.

—Más —suplica, levantando la cabeza en busca de mis labios.

Le doy otro beso y el hielo sigue descendiendo hasta llegar a su axila y a sus costillas. Detengo la mano con el hielo inmóvil en ella, hasta que noto que se derrite entre mis dedos, entonces dejo de besar a Daniel para colocar lo que queda del cubito en mis labios.

Y lo vuelvo a besar. El agua helada resbala por entre nuestros labios y gotea en su cuello y en su torso. A tientas, cojo el otro cubito y lo coloco firmemente sobre uno de sus pezones. Él gime, pero capturo el sonido con otro beso y le muerdo el labio inferior para decirle que tiene que contenerse. Deslizo luego el hielo por su torso y lo detengo en el otro pezón. Esta vez no gime, pero tira tanto de la camisa que oigo que la tela empieza a rasgarse.

El segundo cubito empieza también a fundirse y dejo de besar a Daniel para llevármelo a los labios. Él me mira, sus ojos siguen el hielo hasta mi boca y observan fascinados cómo desaparece. Una gota me resbala por el mentón y él se queda con la vista fija en ella.

Me levanto de la cama para ir por más hielo, pero mi nombre en sus labios me detiene.

—Amelia, por favor. Más no.

Me detengo y veo que su pene está sumamente erecto y apretado contra su cuerpo. Cambio de rumbo y me coloco entre sus piernas separadas. Sus muslos tiemblan cuando apoyo las manos y se los acaricio.

Me arrodillo y Daniel solloza.

—Por favor.

Le doy un beso en los testículos y recorro su erección con la yema de los dedos. Se la rodeo con ellos y la guío hacia mis labios. Todavía tengo la boca helada, así que cuando deslizo la punta hacia el interior, Daniel arquea tanto la espalda que tengo miedo de que se haga daño.

—Amelia —susurra como en una plegaria.

Separo los labios y dejo que su miembro descansa encima de mi lengua. Lo siento temblar y entonces cierro la boca para envolverlo por completo con mi aliento. Daniel intenta mover las caderas, pero yo lo retengo colocándole las manos encima.

Muevo la cabeza, marcando un ritmo lento que contrasta con los círculos que dibuja mi lengua en su prepucio.

Al cabo de unos segundos, que sé que a él le han parecido eternos y fugaces al mismo tiempo, levanto la mano derecha y toco el aro de cuero que tiene alrededor del pene. Busco a tientas el punto de unión de los dos extremos y, antes de seguir adelante, recorro su miembro con la lengua y dejo que salga de mi boca.

—No, Amelia, por favor.

—Chis, tranquilo, amor. —Lo sujeto con la mano izquierda y lo acaricio levemente para que no crea que voy a dejarlo sufrir—. Voy a quitarte el anillo de cuero —añado con voz ronca—, puedes correrte cuando quieras.

Su pene tiembla de nuevo entre mis dedos y una gota de sufrimiento parece escaparse de la punta. El torso de Daniel sube y baja despacio y los músculos de sus antebrazos se tensan encima de su cabeza.

—No —dice apretando la mandíbula.

—¿No? Tienes que terminar, Daniel, si no te dolerá. —Paso los dedos despacio por una de las venas más marcadas de su erección—. Y yo no puedo hacerte daño.

—No —repite él, pero antes de que yo pueda decir nada más, traga saliva y se humedece los labios para continuar—. No. Me correré cuando tú quieras. ¿De

acuerdo?

Sonríe al ver que se ha apropiado de mi frase. Otro día tendré que torturarlo por ello, pero ahora mi corazón todavía no se ha recuperado de lo primero que me ha dicho.

—Me correré cuando tú quieras —repite con firmeza.

—De acuerdo.

Vuelvo a agachar la cabeza y a deslizar su miembro entre mis labios. Con la mano derecha, aflojo el aro de cuero y, cuando cae encima de la cama, siento que todo el cuerpo de Daniel se estremece de pies a cabeza. Es un temblor apabullante, como si no hubiese ni un centímetro de su cuerpo que pudiese mantenerse quieto. Pero no eyacula.

Su fuerza y autocontrol no tienen límite. Acaba de demostrármelo. Y acaba de decirme que ambos me pertenecen.

Deslizo la lengua por su pene, no quiero perderme ni uno de esos temblores, y muevo la cabeza al ritmo que él parece necesitar.

Abro los ojos y veo que tiene la espalda completamente arqueada. Sus brazos están a punto de romper la camisa. Separo los labios y, despacio, dejo que su erección escape de su voluntario cautiverio.

—Volveré a besarte, Daniel, volveré a meterte dentro de mi boca, y quiero que termines. No quiero que te contengas, quiero que te dejes ir por completo.

—No.

—Sí, Daniel.

—No puedo.

—Claro que puedes. Puedes porque yo te lo pido. Puedes porque es lo que necesitas. —Sujeto su miembro con la mano derecha y se lo acaricio un instante —. Te correrás cuando notes la primera caricia de mis labios y no pararás hasta que rompas la camisa. ¿Lo has entendido? Vas a perder el control por completo y vas a entregármelo a mí, porque conmigo estás a salvo.

—No quiero hacerte daño.

—Sólo me lo harás si no haces lo que te digo. —Le acaricio despacio la rodilla izquierda, la que se destrozó en el accidente de coche que estuvo a punto de separarnos para siempre, y sé que él sabe por qué le estoy tocando precisamente ahora esa cicatriz—. Lo necesitas, Daniel. Y yo también. Te besaré y mis labios te llevarán al orgasmo y cuando hayas roto la camisa, me harás lo que quieras sin pedirme permiso, porque igual que yo sé lo que tú necesitas ahora, tú sabrás lo que yo necesito después.

Le acaricio un poco más la rodilla y no puedo evitar girar la cara para depositar en ella un beso. Y después otro en el muslo. Y otro en los testículos, que casi se han pegado a su cuerpo del deseo que siente. Respira entre dientes, es como si su propia piel no pudiese contenerlo. Sólo yo.

—Una cosa más, Daniel —le digo, acercándome más a su erección—. Te

amo.

En el preciso instante en que separo los labios y deslizo la lengua por su prepucio, él empieza a eyacular y grita mi nombre con tanta desesperación que, si no estuviese ya enamorada, me habría enamorado en ese momento. La camisa se rompe y Daniel se sienta en la cama de inmediato. Mueve las caderas porque es incapaz de no hacerlo y una mano temblorosa se enreda en mi pelo durante unos segundos.

Sentirlo tener un orgasmo en mi boca, estremeciéndose de placer y de dolor encima de mi lengua, es sensual y excitante. Maravilloso. Poco a poco, deja de eyacular, pero sigue moviéndose, deslizándose entre mis labios sin dejar de gemir mi nombre.

Muevo la mano izquierda por encima de las sábanas hasta encontrar la mano derecha de Daniel. Entrelazamos los dedos y él vuelve a excitarse. Nunca había hecho algo así, ni siquiera me lo había imaginado. Sin embargo, con Daniel mi imaginación no parece tener límites. Tal vez ahora podría...

Él se aparta de mí de repente y me sujeta con fuerza por los antebrazos. Me levanta y, echándose hacia atrás, nos tumba a los dos en la cama. Yo estoy encima y lo siento temblar excitado debajo de mí. Con los dientes afloja los nudos que le había hecho con la camisa y se quita los retales que seguían colgándole de las muñecas. Estoy absorta mirándolo.

Coloca ambas manos en mis caderas y me levanta levemente para deslizar de inmediato su mano derecha debajo de mí y coger su erección.

Me penetra en un único movimiento y los dos nos tensamos al sentir la conexión. El deseo. La pasión. El amor que nos une.

Daniel echa la cabeza hacia atrás y arquea el cuello. Flexiona los dedos encima de mis caderas y respira trabajosamente.

Yo permanezco inmóvil, porque tengo que recuperar el control antes de poder moverme. A pesar de los orgasmos de antes, vuelvo a estar al límite.

—Necesito que me hagas el amor —confiesa, sin moverse él tampoco, pero mirándome a los ojos—. Has dicho que sabría lo que necesitarías, pero... —Se humedece los labios y su erección crece dentro de mi sexo—. Dios... si me necesitas tanto como yo a ti, si me amas tanto como yo a ti...

Le brillan los ojos y tengo miedo de que una parte de él siga temiendo que lo abandone.

—Más —le aseguro, colocando una mano en sus labios para hacerlo callar, al mismo tiempo que me incorporo un poco para empezar a moverme y a hacerle el amor, tal como me pide.

—No, déjame terminar. —Aparta la cara y me mira decidido—. Hazme el amor. Lo necesito. Te necesito. Por favor. Te necesito. Siento no saber qué necesitas...

Le cubro la boca con una mano y esta vez presiono con fuerza.

—Lo sabes. Siempre lo has sabido. —Dibujo un círculo con las caderas y ambos nos estremecemos de nuevo—. Necesito hacerte el amor y necesitaba que me lo pidieras. Lo has hecho muy bien, Daniel.

Aparto la mano despacio y él me mira asombrado.

Me levanto encima de su erección y, al descender, los dos cerramos los ojos un segundo, de tan intenso como es el placer. Esta vez va a ser corto. Nuestros cuerpos no pueden mantener la tensión mucho más.

Daniel levanta levemente las caderas al ritmo de las mías y sigue flexionado los dedos encima de mi piel. Le cojo las manos y se las coloco sobre mis pechos, pero la muñeca derecha con esa cinta alrededor me hipnotiza. Siempre lo ha hecho, al menos desde que él me pidió que volviera a ponérsela.

Cedo a mis instintos y le cojo la muñeca para acercármela a los labios. Daniel sigue mis movimientos con las pupilas dilatadas, y cuando mi boca se posa en la piel oculta tras la cinta para besarla, los dos llegamos al orgasmo.

Daniel

Hace meses que sé lo que es despertarme con Amelia en mis brazos, pero me temo que una parte de mí nunca terminará de acostumbrarse. Me gusta. Me gusta abrir los ojos y verla dormida a mi lado. Son unos segundos maravillosos, durante los cuales soy completa y absolutamente feliz.

Quién lo habría dicho, y o feliz. Sí, los últimos meses han sido un infierno, pero volvería a pasar por ellos mil veces con tal de tener a Amelia conmigo.

Miro su mano izquierda y respiro aliviado al ver el anillo de compromiso.

Aún falta una semana para la boda, aunque reconozco que, para mí, un estúpido papel no cambiará nada. Y sé que para Amelia tampoco. Sencillamente pensé —pienso— que necesito dejarle claro al resto del mundo que ella me pertenece. Y yo le pertenezco. Y el matrimonio es el sistema más fácil y rápido que se me ha ocurrido para hacerlo.

Hemos venido a Hartford para ver la tumba de mis padres y la de mi hermana Laura. Yo llevo años sin visitarlas. No soy consciente de haber tomado una decisión al respecto; sencillamente, me fui de aquí y no volví. Hasta hoy.

Fui yo quien le pidió a Amelia que me acompañase en este viaje antes de iniciar el nuestro; ella dice que necesito perdonar a mis padres y despedirme de Laura. Yo no creo que pueda hacer ni lo uno ni lo otro, pero por Amelia estoy dispuesto a intentarlo. Por Amelia estoy dispuesto a todo.

Se mueve dormida y le acaricio la espalda. Está acurrucada en mis brazos, con la mejilla encima de mi pecho, con mi corazón latiendo acelerado justo debajo. Vuelve a quedarse quieta y creo que se ha dormido de nuevo, entonces noto la leve presión de sus labios en mi torso.

Me da un beso, y otro, y otro. Va subiendo hacia mi hombro, mi cuello, mi boca.

Se aparta y parpadea un segundo antes de mirarme, como si la molestasen los rayos de sol que entran por la ventana. Anoche, ninguno de los dos tuvo el buen tino de correr las cortinas.

Sin poderme resistir, levanto la mano derecha y, sin ocultar que me tiembla, le acaricio el pelo y se lo aparto de la mejilla para colocárselo detrás de la oreja.

—Hola. —Me cuesta pronunciarlo, pero lo consigo.

Y la sonrisa de Amelia hace que el esfuerzo haya valido la pena.

—Hola —responde, también con la voz ronca.

Apoya las manos en mi torso y se acerca para besarme. Mi boca se rinde a la suya al sentir el primer roce y nuestras lenguas se entrelazan, después de echarse de menos durante las horas que han estado separadas.

Cuando conocí a Amelia, le exigí que nunca durmiese conmigo; ahora me entran sudores fríos sólo con pensar en pasar una noche separado de ella. Me ha costado mucho llegar hasta aquí, y no me engaño; sé que todavía tenemos que superar muchos problemas y que me falta mucho camino por recorrer para poder darle a Amelia todo lo que se merece. Y para que ella pueda darme a mí todo lo que necesito.

Le bajo la mano por la espalda y me detengo en sus nalgas. Se las acaricio suavemente. Me fascina su piel, su tacto, la delicadeza que desprende. Una delicadeza que es capaz de ponerme de rodillas y de obligarme a entregarme a ella.

Sin embargo, y por mucho que me duela, sigo sin ser capaz de hacerle el amor sin sentir que me domina o sin dominarla yo. Amelia no me ha dicho nada, pero sé que una parte de ella está triste por eso, que le gustaría que estos besos que nos damos por la mañana o cuando estamos en el sofá se convirtiesen en algo más de una manera natural.

Dice que no le importa, y la creo; sin embargo, sé que lo echa de menos. Echa de menos hacer el amor con un hombre «normal».

Dios, cuánto odio esa palabra.

—Chis, tranquilo, amor. No pasa nada —me susurra, apartándose del beso.

Se ha dado cuenta.

Amelia siempre se da cuenta de todo lo que me pasa. Seguramente por eso es la única mujer ante la cual he sido capaz de ser yo mismo, de arrancarme la máscara y mostrar mi verdadero yo.

Se coloca encima de mí y me besa de nuevo. Sus pechos me acarician el torso y su tacto me excita sobremanera. Aprieto las manos en sus nalgas y levanto las rodillas para aprisionarla entre mis piernas. Amelia mueve ligeramente las caderas y su sexo se aprieta sobre mi erección.

Noto una punzada que se extiende por todo mi miembro y aprieto la mandíbula para contenerla.

—¿Te duele? —me pregunta al instante, interrumpiendo el beso.

Me planteo la posibilidad de ocultárselo, porque no quiero hacerla dudar de lo que sucedió anoche entre los dos, pero Amelia se aparta un poco y guía su mano derecha hacia mi erección para acariciarla.

—Es normal que te duela —añade, deslizando los dedos por la marca que sin duda ha dejado el aro de cuero—. Volveré a acariciarte, Daniel, tranquilo, sólo dime si te duele.

—Un poco.

Incluso ahora, siento como si sus suaves dedos terminasen en un millón de diminutos alfileres y se me estuviesen clavando en la piel. Me excito, no puedo evitarlo, y Amelia, gracias a Dios, sigue tocándome.

Aprieto los dientes y echo la cabeza hacia atrás. Ella me besa el cuello y

desliza la lengua hasta el hueco que queda justo por encima del esternón. Sin dejar de mover la mano por mi pene, asegurándose de que sus uñas recorren la línea que ha dejado marcado el aro de cuero, sus labios siguen descendiendo hasta llegar a mi pezón, que captura entre los dientes.

Arqueo la espalda y gimo su nombre.

—Tranquilo, amor. —Aparta los labios y me acaricia suavemente el torso con las manos, depositando besos de vez en cuando.

Es tan dulce, tan cariñosa. De repente, me escuecen los ojos. Dios, esta mujer me está destrozando, está derribando una a una todas las barreras que he levantado a mi alrededor para sobrevivir.

—Lo siento —mascullo sin poder evitarlo y cierro con fuerza los párpados para contener las lágrimas.

Noto que Amelia se mueve, la presión de su cuerpo sobre el mío cambia ligeramente, pero su mano sigue masturbándome.

Si deja de hacerlo le suplicaré.

—Lo siento —repito, tras humedecerme los labios.

—Abre los ojos, Daniel —me pide con voz autoritaria junto a mi oído. Cuando lo hago, me encuentro con su mirada—. ¿Qué es lo que sientes?

—No poder hacerte el amor como te gustaría.

Los ojos de ella brillan con un fuego que he visto en contadas ocasiones. Cuando está excitada, en sus pupilas aparecen llamas diminutas que bailan alrededor de sus iris. Cuando está triste, brillan y se convierten en lagunas cristalinas. Cuando me dice que me ama, podrían derretirme. Y cuando está furiosa, o muy dolida, todos esos elementos están presentes y su mirada me atraviesa el alma de tal modo que me duele mirarla.

Ahora sus ojos están así, y se muerde el labio inferior para contener las lágrimas. Le he hecho daño y en ese segundo me odio por ello. Lo único que me da esperanza es que su mano sigue tocándome y desliziéndose por mi miembro.

Me gritará, me dirá que la he decepcionado, que... Sus ojos se clavan en los míos con tanta intensidad que interrumpen incluso mis pensamientos.

No dice nada. Su mano se mueve hasta llegar al extremo de mi pene y se detiene justo encima de la piel marcada. Aprieta con fuerza y me clava las uñas.

Arqueo la espalda y aprieto los dientes y Amelia hunde entonces los dientes en mi pecho. Me muerde con fuerza y cuando se aparta no me besa. Veo que está furiosa de verdad. Vuelve a mover la mano y ahora detiene los dedos en mi prepucio, para capturar una gota de semen con la yema. Recorre mi erección de nuevo hacia el otro extremo, dejando que esa pequeña humedad intensifique el calor de sus caricias.

Sus dientes capturan mi otro pezón y lo torturan igual que el primero. Las uñas de su mano izquierda se clavan en mi costado e, instantes después, bajan por la cintura hasta deslizarse sigilosamente también por mi muslo. Suben por la parte

interior del mismo y aprisionan mis testículos en el mismo instante en que su mano derecha desaparece de mi erección.

Dejo escapar el aliento que estoy conteniendo y me doy cuenta de que tengo los brazos levantados por encima de la cabeza y que estoy sujetándome del cabezal.

Amelia no me ha ordenado que no la toque o que no me mueva, pero mi cuerpo depende tanto del suyo que responde ya a sus deseos sin que ella tenga que decirlos en voz alta.

Sus labios descienden por mi estómago y me clava los dientes de nuevo, esta vez junto al ombligo. Me está marcando, noto la sangre quemándome en la piel del abdomen por la succión de sus labios.

Vuelve a sujetar mi erección con la mano derecha, mientras la izquierda sigue en mis testículos. Me los aprieta. Me duele.

Dios, va a volverme loco de deseo.

Desliza de nuevo el aro de cuero por mi miembro y se aparta de repente.

No, no va a volverme loco, voy a morir.

Abro los ojos y veo a Amelia de pie junto a la cama. Desnuda. Enfadada. Preciosa.

—Voy a ducharme. Tú quédate aquí y no se te ocurra tocarte ni quitarte la cinta. Ninguna de las dos —añade, mirando primero mi muñeca y después mi miembro.

«Jamás me quitaré la de la muñeca», quiero decirle, pero estoy tan excitado que soy incapaz de hablar. Trago saliva varias veces para intentarlo y no me sirve de nada.

Tampoco me quitaré la que me ha puesto en el pene, a pesar de que tengo la sensación de que estoy a punto de estallar y de que me está quemando la piel. No lo haré, porque ella me ha pedido que no lo haga. Y con eso me basta.

Se aparta el pelo de la cara. Tiene las mejillas sonrosadas y los labios húmedos de nuestros besos. Tiembla, aunque no tanto como yo. Y si no fuera por el anillo que llevo en el pene, podría correrme sólo mirándola.

—Voy a la ducha —repite— y tú te quedarás aquí hasta que se te meta en la cabeza que no tienes que pedirme perdón por nada. Nunca.

Da un paso en dirección al cuarto de baño y el corazón está a punto de salirse del pecho de lo mucho que me duele ver que se aleja de mí. No sé si he dicho algo, o si algún gemido ha logrado escapar de mi garganta, pero Amelia se detiene y se vuelve hacia mí.

Nos miramos, le suplico con los ojos.

Se acerca y no se detiene hasta quedar a la altura de mi cabeza. Antes de que yo pueda dar con las palabras exactas, se inclina hacia mí y, tirándome del pelo, me besa. La lengua, los dientes, los labios, todo yo sollozo al sentir el amor y la pasión que llena el beso que me está dando.

Termina con la misma brusquedad con que ha empezado y, sin soltarme el pelo, dice:

—Siempre me haces el amor como me gusta. Eres el único que lo ha hecho. —Me suelta el pelo—. Piénsalo y no vuelvas a tocarme hasta que te lo creas.

Se aleja y desaparece en el cuarto de baño.

¿Qué he hecho?

Tardo varios minutos en reaccionar. El ruido del agua de la ducha me golpea la conciencia igual que una tormenta la copa de un árbol indefenso. Cómo he podido ser tan estúpido. Uno a uno, aflojo los dedos y suelto la barra de hierro del cabezal. Me cuesta hacerlo, no porque sea físicamente difícil o porque esté entumecido. Me cuesta porque mi cuerpo se niega a desobedecer a Amelia. Ella me ha dicho que tengo que quedarme allí hasta que comprenda lo que he hecho y justo ahora empiezo a hacerlo. Sin embargo, no puedo esperar más. Sencillamente, no puedo.

Tengo que ir con ella.

Tengo que pedirle perdón y rezar para que me perdone.

Apoyo las palmas en el colchón y me incorporo despacio. Sigo tan excitado como antes, el anillo de cuero que me ha puesto alrededor del pene me impide eyacular, pero también impide que desaparezca la erección. Es una tortura, un infierno que sin duda me merezco por haberle dicho a Amelia que no soy capaz de ser lo que ella necesita.

Respiro hondo varias veces e intento apaciguar los latidos de mi corazón. Cuando estoy a punto de conseguirlo, abro los ojos y me miro el torso.

Me quedo sin aliento al ver las marcas de los dientes de Amelia. Me ha marcado como suyo; ella no reprime sus sentimientos ni intenta disimularlos. Se ha entregado a nuestro amor por completo, y yo... yo me he comportado como un imbécil.

Levanto la mano derecha y toco la marca que me ha dejado en el vientre. Está roja y va subiendo de tono. Las marcas de sus dientes siguen visibles, aunque no tardarán en desaparecer. Por suerte —suspiro—, el morado se quedará unos días.

Aprieto la mandíbula y me pongo en pie. Voy hasta el cuarto de baño con el corazón en un puño. Si ha cerrado la puerta con pestillo, me desmoronaré. Cojo el picaporte y me resbala por culpa del sudor que me empapa la palma de la mano.

En el segundo intento, la puerta se abre sin oponer resistencia y me quedo sin aliento al ver a Amelia bajo el chorro de agua caliente.

El vapor ha empañado el cristal y la mampara. No es una ducha tan grande como la que tenemos en casa, pero hay espacio de sobra para dos personas.

No sé si ella no me ha oído o si finge no haberlo hecho para darme tiempo. Tiempo y la oportunidad de irme si así lo deseo. Así es mi Amelia; cuando nos reconciliamos, me dijo que nunca me pediría nada que no fuera capaz de darle, y si no me pide, ni me ordena, que me quede, es porque una parte de ella cree que no estoy listo.

Me duele pensar que duda de mi amor, de mi rendición. Pero es culpa mía. Y de mí depende hacer lo que sea necesario para remediarlo.

Entro en el cuarto de baño y abro la mampara para entrar en la ducha. Amelia está de espaldas a mí, con el agua cayéndole sobre la cabeza y resbalando por su columna vertebral. Le pongo una mano en el hombro y ella tiembla al notarla. Despacio, le pido con mi gesto que se dé la vuelta y me mire.

Ha estado llorando.

—Lo siento —le digo con voz trémula—. Lo siento —repito, antes de besarla.

El agua cae ahora encima de los dos, se desliza por mi espalda y mi torso, colándose por mis labios cuando me separo de Amelia para después besarla de nuevo.

Sus manos están sobre mi torso y sus dedos me aprietan con fuerza. Suspiro aliviado y poco a poco voy acercándola a mí, abrazándola. No dejo de besarla hasta que la oigo suspirar y cuando, por fin, ese sonido tan maravilloso alcanza mis oídos, me aparto tras un último beso y la miro a los ojos.

El agua de la ducha se entromete en mi camino, pero me da igual. Dejo de abrazarla para sujetarle el rostro entre mis manos. Con los pulgares, aparto gotas que creo que son lágrimas y me juro que haré lo imposible para que no vuelvan a aparecer en nuestra vida.

—Lo siento, Amelia. Perdóname.

Ella se muerde el labio inferior y me mira fijamente.

—Perdóname, por favor. Sé que me has dicho que no tengo que pedirte perdón —trago saliva antes de continuar— y después de hoy no volveré a hacerlo. No te estoy pidiendo perdón porque crea que no puedo hacerte el amor como necesitas. Te lo estoy pidiendo por haber dicho tal estupidez —Le acaricio el labio inferior con el dedo índice y, al hacerlo, mi mirada se fija un instante en la cinta de mi muñeca—. Necesito que me perdones por haber dudado de mí, por haber creído por un segundo que no soy suficiente para ti.

Los ojos de ella vuelven a echar fuego y la detengo antes de que hable.

—Lo soy. Soy suficiente para ti. Deja que te lo demuestre. —Si se niega, no podré seguir adelante—. Por favor.

—No eres suficiente, Daniel.

Voy a morir.

—Eres *todo* lo que necesito. Lo *único* que necesito —añade, justo a tiempo de evitar que se me doblen las rodillas, y me besa encima del corazón—. A mí no hace falta que me lo demuestres, pero tienes mi permiso para hacer todo lo que

necesites para no volver a dudarlo jamás. ¿De acuerdo?

Sonríe al oír esa última pregunta. Amelia siempre dice eso cuando me domina.

—De acuerdo.

Sube las manos por mi cuello y me acaricia la cara un instante antes de tirar del pelo de mi nuca. Me muerde de nuevo el torso y esta vez sí me pasa la lengua por encima de la marca al terminar.

—Vamos, Daniel, demuéstrame que me perteneces.

Dios, ahora sí se me doblan las rodillas, y no puedo evitar caer al suelo de la ducha. Le rodeo la cintura con los brazos y acerco el rostro a su vientre. Ella desliza los dedos por mi pelo y oigo que susurra:

—Tranquilo, amor. Todo saldrá bien.

No me la merezco y no voy a dejarla escapar. El tacto de su piel me quema, el aroma de su sexo impregna mis fosas nasales y tinte mi sangre sin remedio. Las manos me tiemblan encima de sus nalgas y mi cuerpo toma el control de mis sentidos y se rinde a ella de nuevo.

Separo los labios y mi lengua busca su clítoris por entre las gotas de agua. Se lo beso. Lo lamo. Le hago el amor con la boca y lo adoro con la reverencia que se merece.

Mi lengua me odia porque es incapaz de recorrer los labios de su sexo y penetrarla al mismo tiempo y al final tiene que conformarse con alternar ambos movimientos. Su sabor me ha poseído por completo, las gotas de agua que se meten en mis labios y lo diluyen me ponen furioso.

Amelia mueve las caderas con suavidad, casi de un modo imperceptible. Es como si supiera exactamente lo que necesito. No, lo sabe, me corrijo. Ella sabe exactamente lo que necesito. Necesito demostrarme a mí mismo que soy el único que conoce todos y cada uno de los secretos de su cuerpo, el único que puede darle esa clase de placer. El único cuya rendición la hace sentirse completa.

Acerco la nariz a los labios de su sexo, la penetro con la lengua y la araño suavemente con los dientes. Sus dedos siguen acariciándome suavemente el pelo y, de vez en cuando, se deslizan hasta mis pómulos y me tocan con ternura. Con amor.

Extiendo las manos sobre sus nalgas y la pego a mi boca. Mi lengua se desliza hasta lo más profundo y la poseo igual que haría con mi pene, que ahora me duele tanto que apenas lo siento.

Amelia se estremece, las paredes internas de su sexo se aprietan alrededor de mi lengua, atrapándola en su interior. Los temblores se extienden por su cuerpo y me tira del pelo al alcanzar el orgasmo. No me suelta.

No quiero que me suelte, quiero seguir lamiéndola y saboreándola toda la vida. Puedo seguir allí de rodillas la eternidad entera. Besándola, dándole placer

sin importarme el mío lo más mínimo.

—Daniel —susurra con voz ronca.

Gimo. Sollozo sólo con oír mi nombre en sus labios.

Sigo besándola, ahora más despacio, con ternura. Besos con los labios cerrados, que voy depositando en los pliegues de su sexo y en el interior de sus muslos. Deslizo la lengua por mi boca para capturar las últimas gotas de su sabor.

—Levántate. Ahora.

Esas dos palabras son como látigos. Me queman la piel y reacciono del mismo modo que si las cintas de cuero me hubiesen golpeado.

Quiero levantarme, pero me doy cuenta de que, para lograrlo, tengo que aflojar los dedos y soltar a Amelia. Mis manos se niegan a obedecerme.

—Levántate, Daniel. Ahora.

Me tira del pelo y mis dedos se rinden a su orden. Me pongo en pie y cuando nuestras miradas se encuentran, viene a mi encuentro y devora mis labios. Sé que puede detectar su sabor en mi boca, y compartirlo con ella me parece un gesto íntimo y muy sensual. Como todo lo que sucede entre nosotros.

Nos besamos. El agua está fría, pero a ninguno de los dos nos importa. La rodeo por la cintura y la pego a mi cuerpo. No puedo respirar con Amelia lejos de mí. No quiero.

El beso es brutal, mis labios y mis dientes se enfrentan entre sí para acariciar los de Amelia y ella responde a mis caricias dominándome. Tomando el mando de mi cuerpo. Noto sus dedos en mi nuca, enredándose en mi pelo. Y de repente siento su otra mano en mi erección. Tocándome. Masturbándome. Enloqueciéndome.

—Amelia —susurro, cuando ella deja de besarme.

Sujeta mi miembro con fuerza.

—Di que me perteneces.

—Te pertenezco —afirmo sin dudarle ni un instante, porque en mi corazón sé que es así y que siempre será así.

Ella me acaricia de nuevo durante unos segundos hasta que vuelve a detenerse justo encima del aro de cuero.

—Di que te pertenezco.

Me cuesta respirar, el aire se escapa entre mis dientes y noto una opresión en el pecho.

—Dilo, Daniel.

Afloja los dedos y los lleva a la punta de mi pene, desliza una uña por donde se escapan las pocas gotas de semen que logran eludir la presión del anillo.

—Dilo, Daniel.

Me pellizca.

Echo la cabeza hacia atrás y aprieto la mandíbula.

—Dilo y créetelo, Daniel. —Vuelve a pellizcarme—. ¿O acaso crees que hay

algún otro hombre capaz de hacerme sentir lo que siento estando contigo?

« ¡No!» , Grito en mi mente. Abro los ojos de repente y me encuentro con su mirada. Sincera. Honesta. Valiente. Llena de amor y de pasión.

—No —digo entre dientes, dejando que toda mi rabia impregne esa sílaba—. Tú me perteneces a mí, sólo a mí. Yo soy el único hombre que puede hacerte feliz.

La frase sale de mis labios al mismo tiempo que se graba en mi alma y en mi cerebro.

Amelia me quita el anillo de cuero de alrededor del pene y lo sujeta mientras eyaculo con tanta fuerza que estoy a punto de desplomarme.

Me tiemblan los muslos y tengo que plantar firmemente los pies en el suelo para no caerme. Mis labios buscan sedientos los de Amelia y ella me da la clase de beso que necesito. Un beso dulce, destinado a tranquilizar las emociones que me quemán por dentro. Su lengua baila con la mía y sus labios me dominan igual que un domador a una fiera salvaje. Sigo rodeándole la cintura y la pego a mí por completo.

Si pudiera, me metería bajo su piel.

Ella me acaricia durante uno de los orgasmos más largos de mi vida. Sus dedos saben exactamente la presión que tienen que ejercer en mi pene para arrancarle hasta el último temblor. Mis caderas son esclavas de su mano y siguen sus movimientos a ciegas. Mi cuerpo ya no me pertenece, sólo obedece a esta mujer que me ha poseído en cuerpo y alma sin remedio.

Cuando termino, estoy tan abrumado que apenas me doy cuenta de que Amelia me enjabona el cuerpo y el pelo con suma ternura y luego me mete debajo del agua para quitarme el jabón. Me acompaña fuera de la ducha y, tras rodearme la cintura con una toalla, vuelve a entrar para ducharse.

Yo me quedo allí mirándola. Hipnotizado con sus movimientos e incapaz de irme de allí sin ella. Son cinco minutos, pero la verdad es que habrían podido ser dos horas y me habría dado completamente igual.

Cierra los grifos y se envuelve también en una toalla, aunque la de ella le oculta los pechos y el resto del cuerpo. Se planta delante de mí y me da un beso encima del corazón.

Me encanta que haga eso, aunque amenaza con causarme un infarto cada una de las veces. Después, se pone de puntillas y me besa en los labios.

Tiemblo y suelto despacio el aliento.

Amelia no piensa darme tregua, no va a permitir que me deje puesta ni la más leve coraza.

—Vamos —me dice, entrelazando sus dedos con los míos—. Tenemos mucho que hacer.

Amelia está dormida. Ha sido un fin de semana muy intenso. Demoledor y purificante al mismo tiempo. Y muy doloroso.

Al menos para mí.

No sé si llegará el día en que pueda pensar en mi pasado, en mi hermana, sin notar como si alguien me arrancase el corazón con unas tenazas. En realidad, siempre había creído que era imposible, pero ahora... Desvió la vista un instante de la carretera y la detengo en Amelia.

Ahora que la tengo a ella, tal vez pueda.

No me ha gustado visitar el cementerio. Y no por los motivos que sin duda ella imagina. Cuando me he detenido frente a la tumba de mis padres, me he odiado a mí mismo por no sentir nada. Sé que sólo eran humanos y que, igual que yo, cometieron errores, pero mi padre introdujo un monstruo en nuestra familia y no perdonó a mi madre por caer en sus redes. Y luego... —aprieto el volante al recordar— luego se mataron en ese maldito accidente y nos dejaron a Laura y a mí solos con él.

Amelia dice que tengo que perdonarlos. Es normal que ella piense así, es buena y valiente. Yo, sin embargo, llevo tantos años aferrado a mi odio que no sé si podré vivir sin él.

Y Laura, mi preciosa hermana mayor, se rindió antes de darme la oportunidad de que pudiese luchar por ella. Y eso en el fondo es lo que más me cuesta perdonarle.

Sé que me convierte en un ser mezquino y que Laura no se lo merece, pero si pudiese hablar una última vez con ella, le gritaría por haberse rendido sin hablar conmigo antes, por no haber confiado en mí. Después la abrazaría y le prometería que la cuidaría durante el resto de sus días y le prohibiría volver a cometer tal sacrificio.

Jamás podremos tener esa última conversación y cuando Amelia y yo nos hemos detenido frente a su tumba, he tenido que cerrar los puños de las ganas que tenía de darle un puñetazo a aquella maldita lápida.

Amelia no ha dicho nada, me ha acariciado despacio la espalda con movimientos rítmicos y suaves. Y en el momento exacto se ha apartado y me ha cogido la muñeca en la que llevo la cinta, se la ha llevado a los labios, la ha besado y después ha entrelazado sus dedos con los míos y ha dicho: «Vamos».

La he seguido, no soy tan estúpido como para permitir que vuelva a escurrirse de entre mis dedos, y, tras encender ella una única vela en la capilla, nos hemos ido de Hartford.

Sé por qué Amelia sólo ha encendido una vela y no tres, y me abruma

comprobar que se ha metido tan dentro de mi corazón y de mi mente.

La luz del depósito de gasolina parpadea y me centro en la conducción. Ponerme tras el volante antes siempre me relajaba y me niego a permitir que ese maldito accidente me arrebatase este placer y la seguridad en mí mismo. Estamos circulando por carreteras secundarias —no son mis preferidas, pero a Amelia le gusta ver el paisaje— y sigo las indicaciones hasta una gasolinera.

Detengo el motor y bajo del coche con cuidado de no despertarla, aunque antes de salir le doy un ligero beso en la mejilla.

Ella sonríe dormida y a mí me da un vuelco el corazón.

Quién iba a decir que este órgano que he intentado aplastar durante tantos años es capaz de tener tanta fuerza.

El empleado me llena el depósito mientras yo observo el rostro de Amelia. Esta semana vamos a cenar con sus padres y con su hermano. He intentado posponer el encuentro, no porque crea que no son gente maravillosa —tienen que serlo, si la han criado a ella—, sino porque una parte de mí sigue convencida de que le exigirán a su hija, o a su hermana, que me deje y se busque a otro.

Pero aunque lo hicieran, me susurra una voz en mi interior, Amelia no se lo permitiría.

Ella me ha demostrado que es capaz de enfrentarse a todos, incluso a mí, para demostrarme que nos pertenecemos.

El móvil vibra en mi bolsillo y me obliga a dejar de pensar en la última vez que Amelia me ha recordado que nos necesitamos para vivir. Dios, ni cuando era joven y estúpido y creía ser únicamente dominante en la cama me había excitado tanto.

Cojo el móvil y leo el mensaje. Frunzo el ceño. El detective Erkel, el encargado de la investigación de Vzalo y Jeffrey, me cita en su despacho en la comisaría de Londres mañana por la mañana. Y me pide que vaya solo. Sin Amelia. El mensaje termina diciéndome que, si no puedo ir, lo llame o le escriba para concertar otra cita lo antes posible.

¿Qué diablos ha pasado?

Me gustaría llamarlo ahora y exigirle una explicación, pero veo que Amelia se mueve en el interior del coche y me detengo justo a tiempo. Me conformo con teclear mi respuesta y confirmarle que mañana estaré en la comisaría a la hora acordada.

—Ya está, señor.

La voz del empleado de la gasolinera me aleja un poco del temor y la rabia que han empezado a circular lentamente por mi cuerpo. No me preocupa lo que pueda sucederme a mí, pero no permitiré que nadie de mi pasado le haga daño a Amelia. Jamás.

—Tenga.

Saco un billete del bolsillo y se lo doy. El hombre me sonríe amablemente y

me devuelve el cambio antes de darme las buenas noches.

Camino despacio hacia el Jaguar. Tengo que eliminar cualquier rastro de preocupación de mi rostro si no quiero que Amelia sospeche. Odio mentirle, en realidad, se me revuelven las tripas, pero la determinación de protegerla es mayor que mis escrúpulos y consigo eliminar los efectos del mensaje de Erkel de mi expresión.

—Hola, amor —me dice ella cuando abro la puerta y me siento al volante.

Me emociona que me llame así. No se lo he dicho nunca, aunque creo que ella lo sabe.

—Hola.

Se ha desabrochado el cinturón de seguridad y se acerca a mí para besarme como es debido en los labios.

Esos besos, libres de posturas y de juegos, impregnados sencillamente de afecto y de ternura, me derrumban y me dominan más que unas esposas o un látigo.

—Estás frío —susurra al apartarse, y me coge las manos. Las encierra lo mejor que puede entre las suyas, más pequeñas, y les echa el aliento para hacerme entrar en calor.

Nunca nadie se ha preocupado tanto por mí. Nunca le he importado tanto a nadie.

Y por eso haré todo lo que sea necesario para proteger a Amelia y hacerla feliz durante el resto de mis días.

Trago saliva y me humedezco los labios antes de hablar. El corazón me late muy de prisa y me golpea las costillas. Esas leves caricias han bastado para excitarme y llevarme prácticamente al borde del orgasmo.

—Gracias.

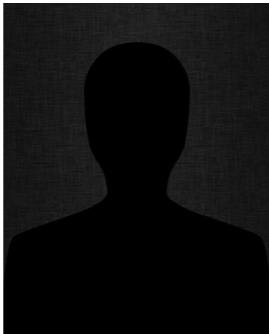
Amelia me sonrío y se aparta despacio.

—De nada.

—Vuelve a dormirte —le pido. Necesito que me dé la oportunidad de recomponerme o volveré a necesitarla aquí mismo. En este mismo instante.

—¿Me despertarás cuando lleguemos a casa?

—Claro —contesto, sujetando con fuerza el volante y ocultando así que me tiemblan los dedos—. Te despertaré cuando lleguemos a casa.



M. C. ANDREWS nació en Manningtree, el pueblo más pequeño de Inglaterra. Lleva años afincada en Londres, donde ejerce de periodista para un importante periódico, aunque durante sus primeros tiempos en la capital británica tuvo varios trabajos: de camarera a guía turística, pasando por canguro y correctora *freelance* para una editorial. Está casada y es madre de dos hijas.

De pequeña, M. C. Andrews solía decirles a sus padres que deseaba ser escritora; su esposo y sus hijas siempre la han animado a intentarlo... De ahí *Noventa días*, su primera novela, *Todos los días* y *Un día más*, así como los relatos *La cinta*, *Sin fin* y *Por tus caricias*, todos ellos publicados por Zafiro.